

A cuentagotas

Por Katherine Maní Acosta

Me suplantaron. Me dominaron. Todo lo que no se debía hacer, ellas lo hicieron. Jugosas, resbalosas, cristalinas. Se pasean en las brechas empinadas de mis mejillas y se abandonan al filoso acantilado de mi quijada. Aun así, siguen ahí, sembradas en aquello que tía Gaby llama “las ventanas del alma”.

Alguien dijo “presente” en el chat, y yo era el siguiente.

En mi mente resonaba el dos minutos, termina pase de lista y bajas a comer. No se lograba escuchar el eco de la tarea que se entrega hoy a las 23:59, ni el chiste local que intercambiaba en caracteres con mis amigos, ni siquiera las hojarascas que mi hermana prepararía para la cena. Solo estaba ahí dentro el bajar a comer, regresarlas a ellas a mi interior, cerrar la ventana y el bajar a comer, y descansar, y el bajar a comer. Y estirar la espalda, pero el bajar a comer.

Mamá me hizo saber que tenía cierto límite de tiempo, entre otras cosas, porque tienes cita con el oftalmólogo, ¿a qué hora?, pues ya te había dicho que a las cuatro, ah, no tienes reuniones hoy en la tarde, ¿verdad?, no, hoy no, sólo los miércoles, jueves y lunes, ah, pues sí, hoy ya es viernes, sí, hoy no. Si nos ponemos a pensar, los cubiertos son los primeros robots, pues obedecen los movimientos de mi mano cada vez que el chile relleno se divide en triangulitos pequeños que quepan británicamente en mi boca, sin importar cuánta hambre tenga realmente. También me dijo que te tienes que ir bien tapado, sí mami, porque vamos a la clínica y ahí no sabemos qué haya, sí, ma, ya sé, pero te llevas la careta y todo, no vayas a andar agarrando cosas o así, ya vez que tú siempre quieres agarrar las cosas y verlas, ahorita ni abrir puertas, ¿eh?, y también...

Ya dentro, las siento emerger de nuevo. Ese olor me ha perseguido desde que tuve que visitar los inyectables, para que las agujas me visitaran a mí y a lo que no conozco, aunque siempre haya sido completamente mío. Me sientan en una silla, cómoda. Me estudian, cual niño a vitrina de heladería. Los colores burbuja conquistan el reflejo en mi ojo, una línea luminosa es todo lo que puedo distinguir dentro de un abismo cilíndrico. Él se aparta de la máquina y en un listito ya te puedes

bajar, mis pies encuentran el suelo, que parece helado de galletas con crema. En seguida, ellas se esconden, pues ya ha terminado la posible amenaza.

El doctor Dávila me despierta con un 1.5 derecho y un 2.5 izquierdo. Cifras nuevas, se abre la ventana. Y como la ventana debe dejar pasar aire específico, él toma la decisión: extraer de un estante una pequeña caja, contenedora de una fuente, una fuente minúscula, sólo dos lágrimas de esa fuente bastan para paralizar tu cristalino y determinar correctamente tu graduación ocular final. Las respiraciones cambian. Se aproxima.

La ventana está abierta.

Sientes su mano, tibia, apoyada en la mejilla.

La ventana está abierta.

Se desenrosca el sombrero y ves el grifo.

La ventana está abierta.

Ves el grifo, desde donde siempre suelen verlo los lavabos.

La ventana.

Llora, llora el grifo de plástico.

La.

Cae.

Ventana.

Las ventanas se cierran abruptamente.

Ahora, frente al sol geométrico, veo el pizarrón. Todo indica que tendré exámenes parciales la semana que viene. Me recargo en la silla, revuelvo mi cabello grasoso y acomodo la cobija que tengo en mi lecho. Vuelvo mi atención a la hoja luminosa: ¿Por qué me miras así? ¿Tan fija, tan fría, analítica, precisa? ¿No debería ser yo quien te alejara de mí? En cambio, me veo dentro de ti. Me veo y me gusta lo que veo. Me gusta tanto que me entran ganas de posicionarme bajo el chorro de agua caliente, despejar cada uno de mis cabellos y venir, volver para formar parte de ti. Y aún falta una semana para mis parciales.

Escucho tres palabras y, así como las cafeteras automáticas producen un espresso, así yo me convierto momentáneamente en su hermano. Ingreso el código, tecleo un seudónimo. Uno que sea lo suficientemente descabellado para burlar a los diccionarios Larousse empolvados en el sótano, pero lo suficientemente fácil de relacionar con mi identidad. Lo último solo en caso de que, al finalizar, me encuentre

en el *top five* o en el podio. Noto que emites una cuenta regresiva, mi estrella rectangular, cometa de píxeles, supernova de escritorio.

Y aquí, justo aquí, sentado frente a ti, ocurre. Siento cómo cosquillas involuntarias caminan dentro de mí, ahora marchan fuertemente. Desde mis dedos hasta las mejillas. Y, ah, recuerdo. ¿Qué recuerdo? Recuerdo a tía Gaby. “Las ventanas del alma”, dijo. Son ellas. Son ellas, y lo sé. Han vuelto. Las creía extintas, (*top five* o podio), pero ahora niego su desaparición. Claro, claro que lo niego. ¡Claro que puedo negarlo! Comienzan a comandar ejércitos, arrojan gas mostaza en ambas trincheras, los soldados y sus caballos caen en las zanjas despiadadas, escucho a tía Gaby y la odio más que nunca. ¡Cómo te odio! ¡Cómo te odio, llenas las trincheras con ácido!

La ventana sigue abierta, las preguntas siguen corriendo dentro de ti, lámpara programada; y yo me despojo de mi cobija, arranco con fuerza mi cuerpo de la silla, tropiezo con los cables conectados que te mantienen viva, logro llegar ahí, espejo traidor, mostrándome mi propia caída, desubicado, una colina en forma de espalda, y la cara... la cara... la ventana... las ventanas.

Las ventanas sin protección.

En mi mente resonaba “mis lentes”, pero no podía ver el eco con claridad. Solo, a través de mi ventana, nublada por una tela de gotas malignas tejidas, podía ver la mitad del rostro del doctor Dávila, la mitad del rostro de mamá, cubiertos en parte por tela, pero distinta. Tela que, decía, cubría completamente. No se veía si sonreían, sacaban la lengua, mostraban sus dientes o se burlaban de mí. Eso se intuía según las arrugas que se pudieran marcar más. Gracias. Gracias a eso, llegaron ellas.

Gracias a eso, las dejé pasar.

Las dejé pasar, porque no eran las mismas. No eran las mismas que, cansadas, atravesaban mi ventana a diario. Hoy ellas me venían a consolar.

Y, frente al borroso doctor Dávila, al fin lloré.

FIN